

Karl Polanyi

COMERCIO Y MERCADO EN LOS IMPERIOS ANTIGUOS

CAPÍTULO XII

El lugar de la economía en la sociedad

Pocos son los científicos sociales que hoy aceptan en su totalidad la ingenua visión de la Ilustración de un hombre primitivo que negociaba sus derechos y deberes e intercambiaba sus productos en la jungla, formando así su sociedad y su economía. Los descubrimientos de Comte, Quetelet, Marx, Maine, Weber, Malinowski, Durkheim y Freud han afianzado el conocimiento del proceso social como entramado de relaciones entre el hombre como entidad biológica y la estructura de símbolos y técnicas en la que se desarrolla su existencia. Sin embargo, aunque hemos descubierto la realidad de la sociedad, los nuevos conocimientos no han configurado una visión de la sociedad de popularidad comparable a la imagen tradicional de un individualismo atomista. En muchas cuestiones importantes volvemos a caer en las antiguas racionalizaciones del hombre como átomo utilitarista, y este desliz es quizá más evidente en nuestras ideas referentes a la economía que en cualquier otro terreno. Al abordar el estudio de la economía en cualquiera de sus múltiples aspectos, el científico social está todavía cargado con los lastres de una herencia intelectual que presenta al hombre como una entidad con una propensión innata a intercambiar productos, a pesar de todas las argumentaciones en contra del «hombre económico» y los intentos intermitentes de insertar la economía en un marco social.

El racionalismo económico del que somos herederos postula un tipo de acción esencialmente económica. En esta perspectiva, al actor (un hombre, una familia, una sociedad entera) se le presenta como enfrentado a un entorno natural que se resiste a proporcionar sus elementos vitales para el sustento humano. La acción económica —o, más exactamente, la acción economizadora, la esencia de la racionalidad— se considera, pues, como una forma de disponer el tiempo y la energía para que en esta relación entre el hombre y la naturaleza se alcance un máximo de objetivos, y la economía se convierte en el

terreno en el que se desarrolla dicha acción. Por supuesto, se admite que en realidad el funcionamiento de esta economía puede estar sometido a la influencia multiforme de otros factores de carácter no económico, ya sean políticos, militares, artísticos o religiosos, pero el meollo de la racionalidad utilitaria sigue siendo el modelo de la economía.

Esta concepción de la economía como un conjunto de unidades que asignan recursos, ahorran, comercializan excedentes y forman precios surgió en el mundo occidental del siglo XVIII y es ciertamente aplicable dentro del marco institucional de un sistema de mercado, pues las condiciones reales de éste satisfacen, en general, los postulados economicistas. Pero ¿nos permiten estos postulados deducir que el sistema de mercado tiene un carácter universal? La economía formal afirma la aplicabilidad histórica universal de tal sistema, al que considera virtualmente presente en todas las sociedades, aunque los datos empíricos no lo demuestren. Toda economía humana ha de considerarse, pues, como un mecanismo potencial de oferta-demanda-precio, y todos los procesos, sea cual fuere su carácter, han de explicarse en términos de esta construcción teórica.

Si la investigación empírica ha de servir para facilitarnos la comprensión de los mecanismos básicos y la posición de las diversas formas de la economía en sociedades diferentes, hemos de poner a prueba la aplicabilidad empírica de estos postulados teóricos. Si abordamos el estudio de los procesos económicos con el bagaje de los nuevos conocimientos sobre la realidad social, hemos de concluir que no existe necesariamente relación alguna entre la acción economizadora y la economía empírica. La estructura institucional de la economía no conduce necesariamente, como ocurre en el sistema de mercado, a acciones economizadoras. Las implicaciones de este enfoque para todas las ciencias sociales que tienen relación con la economía son de una importancia extraordinaria, pues representan un punto de partida fundamentalmente diferente para el análisis de la economía humana como un proceso social.

En busca de un nuevo punto de partida, hemos de volver al significado real del término *económico*, por pasado de moda que esté. Con ello no pretendemos ignorar la utilización popular del término, que se equipara con la acción economizadora sobre objetos materiales, sino simplemente observar las limitaciones de esta acepción vulgarizada. Si un hombre no tiene nada que comer se morirá de hambre, por racional que sea, pero su seguridad, y hasta su educación, su arte y su religión requieren también medios materiales, armas, escuelas, templos de madera, piedra o acero. Este hecho no se ha dejado nunca de lado, por supuesto. Se ha insistido repetidamente en que la «economía» debía basarse en la satisfacción de toda la gama de necesidades

materiales del hombre: por una parte sus necesidades materiales, y por otra los medios para satisfacer estas necesidades, materiales o no.

Como los expertos reconocen unánimemente, todos los intentos de construcción de una ciencia económica naturalista como la esbozada terminaron en fracaso. La razón es sencilla. Ninguna concepción meramente naturalista de la economía puede competir con el análisis económico que explica los mecanismos de subsistencia en un sistema de mercado, y, como se ha equiparado la economía en general a este sistema de mercado, todos estos intentos ingenuos de reemplazar el análisis económico por un esquema naturalista fueron perdiendo crédito necesariamente.

Sin embargo, debemos preguntarnos si éste era un argumento concluyente contra la utilización del concepto empírico de economía en las ciencias sociales, y la respuesta no puede ser más que negativa. No hay que olvidar que la teoría económica, el análisis económico o la ciencia económica no es más que una de las diversas disciplinas que se ocupan del sustento del hombre desde el punto de vista material, es decir, de la economía. En la práctica, no es más que un estudio de los fenómenos de mercado; dejando aparte unas cuantas generalidades, es totalmente inaplicable a sistemas que no estén basados en el mercado, como, por ejemplo, a una economía planificada. ¿En qué le puede ayudar, por ejemplo, al antropólogo, para analizar la economía dentro del entramado general de la sociedad en un sistema basado en el parentesco? Cuando no existen mercados y precios de mercado, el economista no le puede ser de ninguna utilidad al que estudia economías primitivas, y puede incluso dificultarle la comprensión de los fenómenos. Tomemos el ejemplo del sociólogo que trata de analizar el lugar cambiante que ocupa la economía en las diferentes sociedades: si no se limita a épocas y regiones en las que existen mercados creadores de precios, no puede extraer de la teoría económica ninguna orientación de valor. Lo mismo se puede afirmar, de forma todavía más categórica, en lo que se refiere al historiador económico, fuera de esos pocos siglos en los que los mercados creadores de precios y, por consiguiente, la moneda como medio de intercambio se convierten en una característica generalizada. En la prehistoria, en la historia antigua y prácticamente, como señaló antes que nadie Karl Bücher, en toda la historia a excepción de estos últimos siglos, existían economías cuya organización se apartaba mucho de los postulados de los economistas. Y la diferencia —y ahora empezamos a sacar conclusiones— puede reducirse a una sola cuestión, la de que no poseían ningún sistema de mercados creadores de precios. El punto de interés común para todas las disciplinas económicas es el proceso a través del cual se satisfacen las necesidades materiales. La localización de este proceso y el examen de sus mecanismos sólo es posible

si se desplaza el centro de interés de un tipo de acción racional a la configuración de los movimientos de bienes y personas que constituyen en realidad la economía.

Una cosa es cambiar el marco conceptual en las ciencias naturales y otra muy distinta hacerlo en las ciencias sociales. En el segundo caso es algo así como reconstruir una casa, desde los cimientos hasta el techo, mientras se está viviendo en ella todavía. Hemos de desprendernos de la arraigada creencia de que la economía es un campo de actividad del que siempre han sido conscientes los seres humanos. Utilizando una metáfora, podemos decir que los hechos económicos estaban originariamente integrados en situaciones que no eran en sí mismas de naturaleza económica, pues ni los medios ni los fines eran esencialmente materiales. La cristalización del concepto de economía fue un fenómeno histórico, requirió tiempo. Pero ni el tiempo ni la historia nos han proporcionado los instrumentos conceptuales que necesitábamos para desentrañar el laberinto de relaciones sociales en el que estaba integrada la economía. Esta es, precisamente, la tarea del que llamaremos aquí análisis institucional.

KARL POLANYI, CONRAD M. ARENSBERG
Y HARRY W. PEARSON